

# Ráfagas al atardecer

Comentarios a escritos de san Josemaría



Texto y dibujos  
LLUÍS RAVENTÓS ARTÉS

# Presentación

La luz sobrenatural que el 2 de octubre iluminó la vida del fundador del Opus Dei llenó luego toda su predicación y su caminar terreno. Muchas veces se refirió a las monedas de oro que, según las antiguas crónicas, los reyes repartían a la multitud en momentos especialmente significativos. Afirmaba san Josemaría que así —en la presencia de Dios— procuraba actuar siempre.

Consciente del tesoro divino que el Señor le había confiado, se esforzaba en ofrecer constantemente a sus hijos las monedas de oro del espíritu del Opus Dei. En su predicación le gustaba utilizar parábolas y comparaciones que esclarecían la doctrina y las grababan en nuestro recuerdo para que supiéramos aplicarlas en el momento oportuno; además, eran divertidas.

Aunque conocedor de los límites de mi arte, he recogido e ilustrado en estas páginas cincuenta imágenes gráficas empleadas por san Josemaría. Algunas son recuerdos de su infancia, otras de sus lecturas y de su intensa

actividad pastoral, otras son comunes a la predicación de la Iglesia desde hace mucho tiempo. Las he llamado *ráfagas*, que, en una de sus acepciones, significa «golpe de luz vivo o instantáneo».<sup>[1]</sup> Escritas al atardecer para que tú puedas gozarlas al rayar el alba.

Vivimos en una civilización en la que se ha ido borrando la señalización divina, y muchos ignoran ya si van por buen sendero o si se dirigen a un precipicio. Y san Josemaría nos indicaba que lo que Dios nos pide a los cristianos es que seamos guías de montaña, que al golpe de nuestras pisadas, marquemos —sin ambigüedades— con nuestra conversación y con nuestra conducta cuales son «los caminos divinos de la tierra» (S. Josemaría, *Carta 16-VII-33*).<sup>[2]</sup>

«Vosotros sois la luz del mundo —nos dice Jesús—. Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.»<sup>[3]</sup> Urge que seamos puntos de luz que orienten, que recuerden, que indiquen los caminos de Dios.

El autor

## 42. Juan el lechero

Del 1932 al 1933 san Josemaría era rector de la iglesia del Real Patronato de Santa Isabel, en Madrid. Todas las mañanas se metía a primera hora, temprano, en el confesonario. Y todas las mañanas, en medio de una confesión o de la lectura del breviario, oía abrirse violentamente la puerta de la iglesia y, a continuación un estrépito de ruidos metálicos, seguido de un portazo. Curioso por saber de que se trataba, porque no veía la puerta desde el confesonario, se apostó un día a la entrada de la iglesia. Al abrirse ruidosamente la puerta, se dio de cara con un lechero, cargado con sus cántaras de reparto. Le preguntó que hacía.

—Yo, Padre, vengo cada mañana, abro [...] y le saludo: «Jesús, aquí está Juan el lechero.»

El capellán se quedó cortado; y se pasó aquel día repitiendo su jaculatoria: —Señor, aquí está este desgraciado, que no te sabe amar como Juan el lechero.<sup>[56]</sup>

La actitud de aquel hombre del pueblo era una manera preciosa de hacer oración. Y san Josemaría aprendía de él, y empleaba la historia de Juan el lechero, para que las personas que trataba aprendieran, también, a acercarse a la oración con esa naturalidad y confianza.<sup>[57]</sup>

**¿Que no sabes orar? —Ponte en la presencia de Dios, y en cuanto comiences a decir: «Señor, ¡que no sé hacer oración!...», está seguro de que has empezado a hacerla** (S. Josemaría, *Camino*, n. 90).



—Pero, tú, ¿qué haces aquí?

—Yo, Padre —me respondió—, vengo cada mañana, abro y le saludo: Jesús, aquí está Juan el lechero.